

Salvatore Maria PERRELLA, *La verginità della Madre di Gesù. Un mistero da accogliere*, Cinisello Balsamo, San Paolo, 2024, 566 pp. 55 €. ISBN: 978-88-922-4411-5.

El interés teológico y pastoral por esclarecer las verdades doctrinales concernientes a la mariología ha llevado al profesor Salvatore Maria Perrella, de la Orden de los Siervos de María, a reeditar una obra que vio la luz en 2003 (*“Maria, Vergine e Madre. La verginità feconda di Maria tra fede, storia e teologia”*), revisándola y ampliándola considerablemente, ahora como profesor de teología dogmática y mariología en la Pontificia Facultad Teológica de Italia Meridional. La ocasión es realmente propicia si se tiene en cuenta que la virginidad de María es uno de los aspectos en materia de fe más relativizados por el pensamiento postmoderno, siendo incluso banalizado o rechazado por diversas corrientes de índole racionalista que lo consideran un dato más simbólico que histórico, no digamos ya por lo que respecta al parto virginal, negado explícitamente en películas y series recientes. En este sentido, como el subtítulo de la obra sugiere (*“Un mistero da accogliere”*), el autor considera que dicha doctrina pertenece al misterio de la divina revelación y que como tal requiere la fe teológica, la cual se traduce en la acogida confiada de un hecho sobrenatural que, en última instancia, en palabras del autor, apunta al “paradójico-escándalo-novedad del acontecimiento de la encarnación virginal del Hijo de Dios”. De aquí se desprende que la virginidad integral de María se halla en estrecha relación con el misterio de Cristo, sin el cual no tendría razón de ser, motivo por el que el autor, durante toda la obra, emplea el término “encarnación” acompañado del adjetivo “virginal”.

En la primera parte (*“Maria: tra dogma e teologia”*), Perrella recalca que la virginidad de María forma parte del conjunto de verdades divinamente reveladas que, partiendo de la Sagrada Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia, a lo largo de la historia encuentra múltiples y constantes expresiones, especialmente en el Magisterio y en lugares teológicos puestos en valor recientemente como la Liturgia. Una buena síntesis de ello es el artículo del Símbolo de la fe *Natus ex Maria Virgine*, cuyo “hecho histórico-salvífico” pretende explicar el autor relacionando su significado con otras verdades divinamente reveladas. Con

respecto a esto, el teólogo servita tiene como prisma en toda la obra una alocución de Juan Pablo II sobre la virginidad de María, pronunciada en Capua el 24 de mayo de 1992 con motivo del XVI centenario del concilio celebrado en esta ciudad italiana. En dicha alocución el papa santo subrayaba la importancia de sostener “el hecho” junto con “el significado” de cada una de las partes integrantes de la virginidad de María. Desde esta perspectiva, Perrella comienza abordando la interpretación del dogma de fe en la actualidad. Ante las diversas consideraciones sobre el mismo provenientes del subjetivismo, el historicismo, el laicismo o la teología liberal, recuerda que el dogma, como verdad divinamente revelada, reclama la acogida por parte del creyente en virtud de la obediencia de la fe. A este respecto, el autor trata el carácter dogmático de la virginidad ternaria de María (“antes, en y después del parto”), valorando su permanente confesión por el Magisterio, el *sensus fidelium*, la Liturgia y la himnología mariana. Asimismo, señala la importancia de la exegesis en la relectura del dato bíblico y dogmático, advirtiendo del peligro de una tendencia “radicalmente crítica y metodológicamente atea” que, *a priori*, niega su historicidad.

El autor culmina la primera parte haciendo una extensa reflexión sobre la mencionada alocución del papa Wojtyła en la que este consideraba la virginidad de María como un don de Dios que ella acogió para dedicarse enteramente a la persona y a la obra salvífica de Cristo, lo que a su vez infiere el cristocentrismo de esta verdad mariológica. El papa exhortaba a los teólogos a tener la misma actitud teologal de María para acoger esta verdad, sugiriendo su estudio a la luz completa del misterio de Cristo, de manera que, conforme a la doctrina de algunos Santos Padres, lleguen a “considerar la relación entre la generación de Cristo *ex intacta Virgine* y su gloriosa resurrección *ex intacto sepulcro*”. Perrella insiste en la importante aportación del papa en sentido metodológico a la hora de profundizar en esta verdad de fe: la necesaria armonía entre la afirmación del “hecho” y la explicación de su “significado”, dado que si se prescindiera del primero se desvanecería este otro.

En la segunda parte (“*Maria Madre Vergine di Cristo nel Nuovo Testamento*”), el autor analiza los testimonios que ofrecen los evangelios sobre la virginidad de María, especialmente los “de

la infancia" (Mt 1–2 y Lc 1–2), los cuales la refieren indisolublemente unida al misterio de la "encarnación virginal del Verbo por la Virgen", siendo este una "nueva creación" sin parangón en la historia. Aun y cuando estos dos evangelios se deben a tradiciones distintas, sin embargo, observa el autor, coinciden en afirmar la concepción virginal de Jesús y esta como un hecho histórico, si bien interpretado a la luz de la Pascua, evitando en todo caso la participación generativa de José, esposo de María, y cualquier apariencia de teogamia. Igualmente, señala que en ambos evangelios la maternidad virginal de María es comprendida desde una perspectiva "absolutamente cristológica", es decir, como un indicio de la filiación divina de Jesús. Conforme a la investigación de otros autores recientes, señala otras citas bíblicas que harían referencia a la concepción virginal de Jesús, como es el caso, leído al singular, de Jn 1,13, versículo del que, además, se deduce la virginidad de María en el parto. Todavía, el autor advierte de que el dato bíblico concerniente a la concepción virginal de Jesús no tiene nada que ver con los relatos mitológicos hierogámicos ni tampoco con una hipotética partenogénesis humana. Ciertamente, esta concepción prodigiosa no responde a las leyes naturales, tratándose más bien de un milagro inaudito, de un hecho extraordinario que pertenece únicamente a la intervención de Dios en la historia. Ahora bien, el carácter sobrenatural de la concepción del Hijo no significa que la gestación durante nueve meses en el seno virginal de María no fuera conforme a las leyes naturales de la gestación, salvo el parto. Con respecto a esto, siguiendo a René Laurentin, observa cómo el evangelista Lucas, a diferencia de los relatos hagádicos del nacimiento de Moisés, por ejemplo, narra el nacimiento de Jesús con toda sobriedad y evita cualquier alusión al dolor inherente al parto. Semejante apreciación le lleva a hacer un extenso discurso a propósito de la posibilidad del milagro, para concluir que "el teólogo y el creyente de la postmodernidad, por tanto, están llamados a la única razón plausible de la acogida adorante y agradecida de lo inédito divino y humano de la encarnación del Verbo: la fe". Finalmente, aborda la opinión —no sin polémica— sobre el dogma de la encarnación virginal de Jesús por parte del judaísmo y del islam. Por lo que respecta al primero, recuerda la tradición mishnaica y talmúdica que calumnia a Jesús como un bastardo; mientras que del segundo advierte cómo

el Corán defiende ante esta acusación la maternidad virginal de María, aunque sin reconocer por ello la divinidad de Jesús y, consecuentemente, la encarnación del Hijo de Dios.

En la tercera parte (“Madre e Vergine nelle chiese cristiane: ieri e oggi”), con talante ecuménico, Perrella trata la consideración que las diversas Iglesias cristianas han hecho sobre la virginidad de María a lo largo de la historia. Comienza llamando la atención sobre la plena consonancia que entre católicos y ortodoxos existe en cuanto a la confesión de la virginidad perpetua de María, no pudiéndose decir lo mismo de los protestantes, especialmente por lo que respecta a la virginidad después del parto, en atención al testimonio neotestamentario relativo a los hermanos y hermanas de Jesús. Sobre estos, ateniéndose a la Tradición de la Iglesia y a varias citas bíblicas (cf. Mc 6,3; 15,40; Mt 13,55; 27,56), el autor sostiene que no son hermanos carnales de Jesús, sino parientes cercanos, además de advertir que los evangelios nunca dicen que estos sean hijos de María, quien, por el contrario, solo es mencionada como “madre de Jesús”, y que el término “primogénito” con el que se refiere a Jesús en Lc 2,7 no implica que este fuera el primero de otros hijos, tratándose más bien de una expresión de hondo calado jurídico y bíblico que en el caso de Jesús acentúa su particular pertenencia a Dios. De entre todas las iniciativas ecuménicas, Perrella se concentra en la emprendida por el Grupo de Dombes, el cual, de acuerdo con el principio de la “jerarquía de verdades”, consideró que, mientras la concepción virginal es una verdad fundamental, la virginidad después del parto es una “verdad derivada” y, por tanto, no esencial. El autor, bastante crítico al respecto, se sorprende de que los integrantes del citado grupo, concretamente los católicos, sostuvieran que los dogmas marianos no ocupan los primeros puestos de la doctrina católica, trayendo a colación de esto la *Nota doctrinal ilustrativa de la fórmula conclusiva de la Professio fidei* que la Congregación para la Doctrina de la Fe promulgó en 1998, presidida entonces por el cardenal Ratzinger, en la que se afirma que tales dogmas pertenecen al conjunto de verdades que han de creerse como divinamente reveladas. En este sentido, Perrella sugiere la urgente clarificación que los católicos hemos de hacer al respecto, sobre si la virginidad perpetua de María es o no un dogma de fe, asunto por el que recuerda

que aunque los últimos papas no la hayan referido como definida dogmáticamente, sí que la han tenido en diversas intervenciones como verdad creída y profesada por la Iglesia.

Para corroborar el carácter dogmático de la perpetua virginidad de María, en las siguientes páginas de la tercera parte de la obra abunda en la conexión de este misterio con el dogma cristológico, así como en su constante presencia en la fe de la Iglesia, expresada ya en los primeros símbolos de la fe, concretamente en el artículo *Natus ex Virgine*; en los primeros concilios, sobre todo el Lateranense del 649, el cual profesó la expresión *Semper Virgo* que ya venía usándose desde el siglo VI; en los Santos Padres y en los teólogos escolásticos, quienes, en general, enseñaron la “virginidad somática” de María en el parto, sin detenerse a explicarlo fisiológicamente. Todos estos testimonios le llevan a afirmar “un dato indiscutible”: “la virginidad de María es una verdad de fe profesada por la Iglesia universal” que incluso, observa en páginas anteriores, fue creída por los padres de la Reforma protestante. Es más, sigue apostillando el autor, el hecho de que la virginidad perpetua de María no haya sido objeto de una definición formal no significa que no sea una verdad de fe, al igual que sucede con verdades tan importantes como la redención y la resurrección de Cristo. Sobre esto vuelve varias veces, como cuando analiza la interpretación demasiado racionalista que a partir del siglo XX llevó a diversos teólogos y exegetas a considerar que la concepción virginal de Jesús es un mito, ocasión, de nuevo, para abordar la necesaria sinergia que entre Magisterio y teología ha de darse. El autor se detiene en una de las aportaciones más sugerentes de la teología actual sobre el tema: el redescubrimiento del nexo que algunos Santos Padres mantenían entre el nacimiento virginal de Jesús y su resurrección, siendo el primero signo protológico del segundo nacimiento a la gloria. Igualmente, vuelve a insistir en que la concepción y el parto virginales corresponden al mismo misterio inefable de la encarnación del Verbo, de manera que tanto uno como otro infieren la naturaleza divina de Jesús. Atendiendo a la destacada relevancia que en las últimas décadas viene prestándose a la Liturgia como lugar teológico, observa la continuidad desde época patristica hasta nuestros días, especialmente en los textos eucológicos, de la confesión de fe de la Iglesia en la virginidad perpetua de María, continuidad que igualmente

se aprecia en el Magisterio, incluso el más reciente, destacando la intervención de Pablo VI en la *Solemne Profesión de fe* y las numerosas que Juan Pablo II hizo, sobre todo la de Capua, mencionando también algunas de Benedicto XVI y Francisco.

Tras el largo recorrido emprendido sobre la confesión de la virginidad de María en la Tradición de la Iglesia, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio, Perrella retoma las opiniones contrarias contemporáneas para hacer una síntesis de ellas. Estas, apunta el autor, suelen argumentar que la “encarnación virginal del Verbo” es una metáfora, un teologúmeno, una simple meditación teológica, un dato marginal en la tradición bíblica, una afirmación influenciada por la mitología egipcia, un enunciado carente de una definición solemne por parte de la Iglesia, que incluso comprometería la humanidad de Jesús y que hasta ocultaría un nacimiento ilegítimo o una violación. Todo ello, sostiene el autor, viene a reflejar la crisis de fe del mundo actual, reacio a acoger lo trascendente o sobrenatural, actitud que incluso y paradójicamente se da en personas creyentes. Ante semejante incredulidad o recelo ante el misterio, Perrella adapta a la confesión de fe de la concepción virginal de Jesús las palabras que este dirigió a los discípulos del Bautista (cf. Mt 11,6): “bienaventurado quién no se escandaliza del misterio”, para subrayar que esta verdad pertenece a la intervención histórico-salvífica de Dios, a un don que solo puede acogerse desde la fe.


En la conclusión, el profesor napolitano insiste en la actitud teologal con la que todo creyente ha de acoger la virginidad perpetua de María como verdad de fe, así como en la conexión de esta en con el dogma cristológico, su derivación de la naturaleza divina del Hijo, la necesidad de sostener el “hecho” y el “significado” de la misma, su comprensión en el perspectiva escatológico-pascual de la resurrección de Cristo y la gozosa manifestación, apelando a las palabras del ángel a María en la anunciación, de que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37).

Álvaro Román Villalón

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

Sevilla, España

alvaroroman@sanisidoro.net

 <https://orcid.org/0000-0003-0119-9990>